

UNIVERSIDAD Y SOCIEDAD.- Angel Latorre. Ediciones Ariel. Colección Zetein. 270 págs. Barcelona.

El profundo y revelador ensayo del Dr. Latorre ofrece al lector español un doble interés: el de plantear "desde dentro" el problema de la enseñanza universitaria, y el de su proyección en nuestro ambiente y tiempo actuales. Desde dentro, es decir, no solo desde el punto de vista personal de Angel Latorre, Catedrático de la Universidad de Barcelona, sino en sentido de estudiar los problemas universitarios desde dentro de la sociedad, integrados en el conjunto de los problemas de la vida nacional.

Comienza el ensayo analizando los orígenes de la Universidad, es decir, la Universidad en la Edad Media, una de las más grandes realizaciones, como señala Latorre, de la civilización de occidente. La Universidad medieval aparece con la burguesía, que a partir del siglo XI se va abriendo paso dentro de la configuración social del feudalismo; los primeros burgueses, hombres cuyo oficio o menester no es la guerra, ni la oración, ni la esclavitud o servidumbre, sino el comercio y la artesanía, se organizan en gremios en las nacientes grandes ciudades, y de su afán asociativo nacen también las Universidades. La Universidad medieval estaba perfectamente integrada en el mundo social de su época, pero ^{luchaba} ~~guerraba~~ también por su independencia frente al poder del Estado, por lo que ~~buscaban~~ el apoyo de la Iglesia, y consiguió la autonomía basculando entre el poder temporal y el eclesiástico. Una idea común une todas las Universidades de la época: la Cristiandad. Aún no han empezado a desarrollarse los Estados nacionales, y el latín es empleado comunmente entre los universitarios de toda Europa. De esta independencia celosamente defendida nace ~~en~~ también la trascendencia política de las Universidades, que consideraban un deber no permanecer ajenas a los conflictos ideológicos de la época y que tomaron siempre posición en favor de las causas que consideraron más justas. Profesores y alumnos vivían comunitariamente, aún después de las tareas

en las aulas y claustros, en las residencias y Colegios Universitarios.

Pero a partir del siglo XVI, con el nacimiento del mundo moderno, la Universidad se encuentra con distintas condiciones sociales que amenazan su brillante tradición e independencia medieval. Puesta ante el dilema de aferrarse a su pasado o de luchar frente a las nuevas corrientes nacionalistas que amenazaban su autonomía, la Universidad moderna eligió el peor camino, se enquistó en sus ya viejas estructuras y de ahí arranca el comienzo de su decadencia. El Estado nacional nacionalizó las Universidades, la Reforma hizo aparecer nuevas Universidades protestantes que se enfrentaron a las que seguían todavía a Roma, y el carácter universal de la Universidad quedó ya roto para siempre. El humanismo nace ya fuera de los claustros universitarios, y la nueva Filosofía y la nueva Ciencia no son bien acogidas en los medios Universitarios.

Después de seguir la evolución de la Universidad a partir de la Edad Moderna hasta nuestros días, Angel Latorre examina las teorías contemporáneas más significativas sobre la idea de la Universidad actual, que se resumen en las posturas de Newman, Jaspers y Ortega y Gasset. El programa de Newman, cardenal inglés del pasado siglo, no puede tener vigencia actual, ya que consideraba como primordial objetivo de la Universidad la creación de una élite a la que estaba destinado el regir los destinos de la comunidad. Este aristocraticismo estaba en consonancia con la Inglaterra del siglo pasado, pero no puede ser aplicado en tiempos en que la cultura ya no es patrimonio de un grupo privilegiado dentro de la sociedad. Tampoco es aceptable la rigurosa idea de Jaspers, idea general en la Universidad Alemana que arranca de los comienzos del diecinueve, según la cual la misión universitaria se reduce a ser una corporación al servicio de la ciencia y de la investigación. Max Scheler criticó este enfoque parcial de la idea jasperiana señalando el fracaso en la formación integral del universitario alemán; el fallo de la misión social de la educación popular puede llevar a gravísimas consecuencias prácticas en la vida de una nación, y la reciente historia alemana es un ejemplo doloroso.

Por su parte, Ortega y Gasset se rebela contra lo que el llama la barbarie de la especialización, y en su obra Misión de la Universidad, ensayo incluido en su Libro de las misiones, defiende como primordial tarea universitaria la formación cultural de los alumnos, dejando para un segundo plano la dedicación a la ciencia y a la investigación. El Doctor Latorre señala en la postura de Ortega el peligro de que, de aceptarse sus ideas, pueda caerse en una pedantería cultural que traiga como consecuencia la formación de hombres especializados en ideas generales y abstractas.

Angel Latorre mantiene el principio de que la Universidad actual no puede permanecer aislada del conjunto de la vida y de las actividades sociales, económicas y culturales de la nación. No debe ser considerada como una entidad aislada, sino que debe participar en el desarrollo, el bienestar y las aspiraciones de la sociedad. Centrado el estudio del problema en las conclusiones precedentes, el Doctor Latorre examina en la parte central de su obra los aspectos de la educación y de la investigación como tareas nacionales, derivados del aspecto ético, ya imperativo desde los orígenes de la civilización, según el cual, como Aristóteles afirmó, el legislador debe ocuparse principal e ineludiblemente de la educación de los futuros ciudadanos. Pero junto a la valoración ética de la educación ha ido adquiriendo, en nuestros tiempos de civilización de masas, una gran importancia la perspectiva económica de la educación. La capacidad económica de un país depende de variados factores, entre los que se cuenta la preparación técnica y científica de su población activa, es decir, el llamado capital humano. Todo ello, como subraya Angel Latorre, exige una expansión de la educación que asegure la formación de un número cada vez más creciente de científicos, técnicos y obreros especializados que precisa la moderna economía, sin descuidar por ello las ya citadas exigencias éticas, para hacer posible el desarrollo completo de la personalidad de los ciudadanos. Latorre es consciente de las dificultades que esto entraña, y señala que ya Carlos Marx ponía en guardia a

la sociedad contra la excesiva especialización que la actual organización industrial hace ineludible. En el futuro estadio de la civilización, una vez superada la división del trabajo que la técnica actual impone, podrán los trabajadores y los científicos dedicarse a más de una actividad, o bien a alternar distintas actividades sin que por ello decrezca la productividad de la sociedad. Y dentro de este nuevo estadio, junto con la desaparición de la división del trabajo, deberá tenderse a eliminar la jeraquización en las distintas actividades productivas, para sustituirla por un nivel más funcional, que evite que una superior cultura o inteligencia se convierta en una nueva barrera que separe a los hombres en vez de unirlos en un común y armónico conjunto social.

Centrándolo el problema en nuestro país, el Doctor Latorre cree que, dada la estructura actual de la sociedad española, en evidente cambio inexorable hacia estructuras más justas, en las que la educación, y sobre todo la educación Universitaria, dejen de ser un privilegio clasista, la planificación del programa de enseñanza corresponde por entero al Estado, y que junto a esa planificación, debe el Estado tener la primacía en la enseñanza; en otras palabras, que la enseñanza Oficial debe preponderar sobre la enseñanza Privada, ya sea esta religiosa o laica. El papel de la enseñanza Privada debe ser el de colaborar subsidiariamente con la enseñanza Oficial. Hay que evitar el contrasentido que supone que los centros privados ofrezcan una educación más pobre, debido a su falta de asignaciones en el Presupuesto de la nación, y que la simple matriculación de un muchacho en un colegio religioso pueda suponer un privilegio o una distinción social, y, lo que es peor, una mayor ayuda en su futura vida profesional, como ocurre desgraciadamente con las instituciones del ICAI, controladas por los jesuitas, o con la Universidad de Navarra, feudo del Opus Dei. Este estado de cosas, que tiende a limitarse en la actualidad, debería desaparecer de la vida social española, no solamente para el bien de los ciudadanos, sino incluso para el prestigio de las Asociaciones religiosas, que deben comprender que, como dice el Doctor Latorre, que los tiempos han cambiado, incluso en el Concilio, y que es mejor viajar en tercera que perder el tren.